

63. El profeta

Gaspar también fue un profeta. Su nombre es mencionado, de hecho, incluso en los textos de los llamados “futurólogos”. Profeta, adivino o vidente, es comúnmente llamado aquel que, iluminado por Dios, predice o preanuncia el futuro. La vida del Santo está riquísima de predicciones que se relacionan con eventos de todo tipo, tanto de porte histórico como de interés general y personal. Las profecías del Santo tienen una característica no tan común: *“Él habló con asertividad – dice el Merlini – sin ambigüedad y suspensión de ánimo, ni tuvo de mira cualquier temporalidad”*.

Así que adivinaba con asombrosa precisión la época y lugar, hablando directamente con las personas involucradas y anunciando cambios de estado, sanaciones, muerte, noticias dolorosas, maravillosas metas alcanzadas por los que nunca se lo habrían imaginado... La única frase un poco “oscura”, dice el Merlini, era la que el Santo le repetía muy a menudo en latín: *“Desiderium pauperum exaudivit Dominus”*. Por el contexto del discurso, el Merlini supone que él había sido escuchado por Dios en el deseo de ser Santo y por lo tanto aludiera no sólo a su la salvación, sino también a su propia glorificación en la tierra: la canonización.

Ahora vamos a narrar algunos eventos tomados de las auténticas declaraciones de los Procesos por parte de personas que fueron testigos directos o más bien objeto, añadiendo que todas las profecías que reportamos, y muchas otras dejadas de lado, se han realizado, excepto una, como veremos más adelante.

En primer lugar San Gaspar fue profeta de sí mismo. Ya hemos hablado y volveremos a hablar de visiones, voces arcanas y previsiones del Santo en cuanto a las pesantes cruces y sufrimientos por los que debía pasar; a éstos se deben añadirse las claras y repetidas profecías sobre el tiempo y las circunstancias de su muerte. El Merlini en los últimos años de su vida, por las frecuentes visitas que Gaspar hacía a las distintas casas del Instituto, habría querido que en todas hubiese una habitación a él reservada y siempre dispuesta a su llegada. El Santo se opuso porque estaba seguro de que iba a morir cuanto antes. Le elenco también algunas Casas las que nunca más habría visitado.

Al Hno. Bartolomeo dijo que habría muerto y que le tocaría recomponer sus restos. Una y otra vez afirmó con claridad que no llegaría a la vejez: *"Pronto le quitaré el inconveniente"*, decía. De hecho murió cuando faltaban nueve días al cumplimiento de los 52 años de edad.

También predijo un detalle sobre las circunstancias de su muerte: "Moriré a penas me sacarán la sangre". Y de hecho, murió después de haberle practicado la sangría, práctica que en aquellos tiempos era considerada un remedio para muchos males.

Mientras él estaba vivo, no logró conseguir una casa y una iglesia para su Instituto en Roma. A los Misioneros que se quejaban, les decía de tener paciencia: *"Después de mi muerte tendrán más una"*. Así fue.

No pocas profecías se referían a su amada Congregación. Paseando con don Camillo Rossi en el jardín de la Casa de Albano, le dijo: *"En el presente el Instituto está sofocado, pero después de mi muerte se lo verá florecer"*. A los co-hermano de Frosinone, dos años antes de morir, confió: *"¡Todas las cruces por el momento están reservadas para mí! Después de mi muerte el Instituto estará bien y florecerá"*. *"¡Algunos de mis Misioneros derramarán sangre por la fe, pero yo no voy a tener esa suerte!"*. En las Misiones varios misioneros han perdido la vida a causa de hambruna y enfermedades e incluso algún asesinato intencionalmente por los enemigos de la Iglesia.

Don Biagio Valentini declaró que Gaspar le predijo claramente que sería su primer sucesor en el gobierno de la Congregación. También el Merlini dice que el Santo mencionó al Valentini como su sucesor agregando: *"¡Quién querrá ver don Biagio gastarse los zapatos por Roma después de mí!"*, dejando a entender lo mucho que tendría que esmerarse por el Instituto. El mismo Valentini, quien repetidamente fue aconsejado por Gaspar para entrar en la Congregación, narra que así el Santo contestó al obispo, contrario en que dejara su diócesis: *"¡Oh, cómo va a estar más feliz cuando él venga, después de mi muerte, para abrir la Casa de Porto Recanati en su diócesis!"* Predecía así la apertura de la Casa, que de hecho se realizó después de nueve años, y también la longevidad del obispo.

Añadimos aquí otro episodio de la vida del Valentini. Éste se encontraba en Albano en el extremo "por una enfermedad mortal" (tuberculosis). Gaspar le dijo que no

moriría de esa enfermedad, sino que habría vivido por largo tiempo y abriría varias Casas después de su muerte, entre las cuales la de Ancona.

En Pievetorina, mientras que estaba en conversación con sus compañeros, pasó don Pasquale Virgili, feroz adversario de los Misioneros. Enseñándolo exclamó: *¡He aquí nuestro futuro Misionero!*" Todos pensaron que se tratase de una broma y se reían. Después de unos años tuvieron que cambiar opinión, porque don Virgili se hizo Misionero y vivió santamente en la Congregación.

A don Giovanni Merlini y a don Lipparelli, en los primeros días de su la llegada en San Felice con la intención de permanecer allí sólo en el curso de los ejercicios espirituales, predijo que pronto habrían quedado definitivamente en el Instituto. A un obispo de Terracina predijo: *"Un día renunciará al episcopado y entonces usted será nuestro Misionero"*. Incluso esta predicción se verificó en persona de Monseñor Guglielmo Aretini Sillani. El Merlini, a su vez, nos relata otro episodio que lo involucra personalmente. *"Estaba en proyecto la construcción de la Casa en Vallecorsa y faltando los recursos pidió ayuda a la Municipalidad, que prometió 500 escudos, sin mantener nunca la promesa dada. El Siervo de Dios, que sabía lo que era necesaria la presencia de los misioneros, un día me dijo que fuera a comenzar de inmediato la obra. Le señalé que no había ni un centavo de baiocco, pero él me repitió: Vaya en nombre de Dios y empiece la obra. ¡Qué tan grande fue el Providencia, y en las formas menos pensadas!"*

Muchas fueron las profecías de sanaciones y, lamentablemente, también de Muertes. A las que hemos narrado, vamos a añadir las siguientes:

Mientras el Santo estaba en Pontecorvo se enteró de que el misionero don Innocenzo Betti, estando en la casa de Benevento, estaba gravemente enfermo y había manifestado el deseo de verlo. Con él, en el pasado, Gaspar había tenido contrastes debido al uso de la sotana de hermanos legos. Aunque el Betti fuera un santo misionero, tuvo que ser un poco brusco con él. Para demostrarle que no le guardaba rencores y para consolarlo, corrió rápidamente a su cabecera. Lo abrazó y le dijo sin demora alguna: *- Yo sé que usted está listo para hacer la voluntad de Dios, ¡pero no morirá ahora! Deberá trabajar aun más para nuestra Congregación.*

A don Nicola Maiorano, moribundo, dijo que no habría muerto y que viviría por mucho tiempo más. En cambio en Spello hizo administrar con urgencia los Sacramentos

a un enfermo del cual no se esperaba el final inminente y esa misma noche voló al cielo. Recordamos cómo, siempre en Spello, a Luigi Fortini, en excelente estado de salud, dijo, en la clausura de la misión, a los cuales logros había tanto cooperado: - *Y ahora prepárese para ir pronto al paraíso, porque el Señor quiere darle pronto la recompensa de su celo.*

Hace mucha impresión un episodio sucedido en Veroli. Como lo prescriben las Reglas del Instituto, inmediatamente después de la comida, los misioneros se reunieron para un poco de recreación. Gaspar detuvo, de pronto, la conversación y, con el rostro turbado, dirigió a todos a quemarropa la pregunta: - *¿Quién de nosotros será el primero en morir?*

Aunque si el Santo acostumbraba hablar a menudo de la muerte y la vida futura con sus misioneros, nunca antes les había hecho una pregunta tan perentoria; por lo tanto, todos guardaron silencio y lo miraban con ansiedad. Un viejo misionero, el más mayor, le contestó: - *Sin duda seré yo, padre.*

- *No* - añadió Gaspar - *Usted, don Agostini, prepárese y usted también, don Renzi, esté listo.*

Ambos dos eran jóvenes y sanos. Antes que terminara el año, a una distancia de pocos meses de diferencia, murieron en la Casa de Sermoneta.

Durante una misión en Norma, Gaspar fue a visitar a una persona de respeto, de quien nada hacía pensar a un inminente fin. Al despedirse el Santo llamó de un lado a un familiar y le avisó de la cercana muerte del pariente, lo cual se cumplió al pie de la letra. Al monseñor Manasse, obispo de Terracina y su gran amigo, Gaspar predijo con mucha anticipación la elección a esa cátedra. Llegado en ese lugar para felicitarlo en el día de la consagración episcopal, le dijo: - *Monseñor, le han cargado con una cruz en verdad muy pesada, pero tenga valor, la llevará por sólo siete años.* Aquel santo obispo se limitaba solo a repetir: - *mi episcopado durará sólo siete años, me lo ha dicho el canónigo del Búfalo. Él es un Santo y así será.*

Cuando el prelado estuvo a punto de morir, tuvo una súbita recuperación con un renacimiento inesperado de las fuerzas y todos creyeron que la muerte se había evitado. Gaspar le dijo: - *Monseñor, me alegro de la recuperación de su salud, pero sé con*

certeza que Dios por sus méritos, le llamará muy pronto al Paraíso". Pasaron solo unos pocos días y monseñor Manasse murió santamente en Nápoles.

A don Antonio Lipparelli predijo la fecha de su muerte con veinte años de anticipación. Ambas predicciones se cumplieron puntualmente.

Ya hemos narrado las predicciones que el Santo hizo, en los mínimos detalles, de la muerte de Pío VII, de la corta duración del pontificado de Pío VIII, y del largo pontificado de León XII, quién se atormentaría por tristes eventos de la Iglesia, y los disturbios del 1948 que obligaron a Pío IX a refugiarse en Gaeta. A un número de preladados predijo la elevación al episcopado y al purpurado cardenalicio y sus relativas cruces. Fue así como a don Gregorio Muccioli primero le habló de la gran responsabilidad de los obispos, y luego añadió: *"Por lo que prepárese, porque este peso le tocará también a Usted"*. A don Saverio Grimaldi dijo: *"Usted tendrá la desdicha de convertirse en obispo y por más que lo intente, es una desdicha que no podrá evitar"*. El pobre hombre fue elegido obispo de Sanseverino, pero las cruces fueron enormes!

Muchas profecías se referían al trabajo y al apostolado de los miembros del Instituto. Decía abiertamente que en los frecuentes traslados y en el asignar las tareas y los cargos a los misioneros era por cierto iluminado por Dios. A quienes lo criticaban respondía: *"En el valle de Josafat, veremos el por qué"*. Los hechos demostraban siempre no hacía falta esperar el día del juicio universal. Y no podría ser de otro modo, porque tomaba sus decisiones después de una larga oración y después de haber celebrado Misa. Actuaba, entonces, con gran caridad y humildad, aquella humildad que en él fue pureza del alma.

Un misionero declara: *"Me nombró tesorero de Albano y me dio sólo un escudo, a pesar de que la Comunidad estuviese formada de cuatro sacerdotes, el cocinero y el portero. Lo miré atónito con el escudo en la palma de la mano, y él: Tenga fe en Dios! - Y no dijo nada más. Cuantas inesperadas limosnas nos envió la Providencia"*.

Don Marcello Brandimarte cuenta: *"Entendí que un sacerdote deshonesto habría ingresado en la Congregación y me sentí obligado a escribir al Siervo de Dios. Él me contestó de estar sereno, porque ya lo había aceptado y enviado en retiro espiritual en la Casa Terracina, añadiendo que no solo cambiaría como la noche al día, sino también se volvería un ejemplo para los demás. Así ocurrió"*.

Cuenta don Vincenzo María Fontana: *"Teniendo que ir de Frosinone a San Felice, Gaspar me dijo que desde allí me enviaría una suma de dinero por la celebración de las Misas. Entonces, volviéndolo a pensar, tomó un poco de dinero y me lo entregó: - Usted lo necesitará para comprarse una capa - dijo. Le dije que ya tenía una nueva comprada recientemente. Se sonrió y no añadió ni una palabra más. No le repliqué. Durante el viaje me robaron la capa y tuve que comprar otra"*.

También el canónigo Locatelli nos cuenta otro episodio: *"Gaspar pasando por Terracina para ir a predicar la Misión en Gaeta, me honró quedándose como mi agradable huésped. Partiendo me dijo que estaría esperándome en Gaeta, donde iba a necesitar mi ayuda. - Usted se embarcará como San Francisco Javier y vendrá en Gaeta -. No era necesario embarcarse para alcanzar Gaeta desde Terracina, y pensé que el señor Canónigo quería bromear. Cuando llegó su solicitud, yo y el obispo de Terracina, monseñor Manasse, tuvimos que ir por mar, porque el camino debido al mal tiempo, quedó impracticable. Cuando Gaspar salió de mi casa, había buen tiempo y la carretera en buenas condiciones"*.

San Vicente Pallotti así declaró en la deposición de los procesos: *"Estando yo enfermo y listo para morir me dijo que me repondría y me aconsejó de instituir el oratorio nocturno durante la Octava de Epifanía. Sané y cumplí lo prometido. Esa práctica piadosa celebrada con gran solemnidad y devoción atrajo a muchos creyentes. En una de esas noches, después del beso del Niño Santo de Belén, se me presentó un señor, que llorando me confesó de haber pasado por pura casualidad allí ya que se dirigía a matar a su enemigo por venganza; pero habiendo visto la iglesia abierta entró para curiosear. Se apresuró como los demás para besar al Niñito y de pronto se fue de su mente toda intención de venganza"*.

Otro testimonio, es de algunas monjas de claustro de Priverno: *"Hablando con él en los últimos ejercicios espirituales, lo vimos como internado en un sentimiento de temor, entonces nos dijo: - ¿Qué decir del inminente castigo, que hará mucho estrago en el Reino?" aludía al cólera que tiempo después se desató en el Reino de Nápoles. Las hermanas le preguntaron si afectaría también en Roma. Él contestó: "Para este año, no. Esperamos que el Señor quiera liberarnos, pero se necesitan muchas oraciones. De la*

devoción a la Divina Sangre depende la paz de los tiempos". El Merlini también confirma el episodio.

"Una luz muy especial tenía en aconsejar al asistido y en proveerle tanto el bien por haber aceptado sus consejos, tanto el mal para quién no le hubiese hecho caso". Predijo a la joven María Antonietta Andreucci que *"se convertiría en una monja y fundadora".* De hecho ella fundó el Instituto de las Adoratrices Perpetuas del Sagrado Corazón de Lugo, y murió en olor de santidad. A un joven que ya estaba en la víspera de su boda, le predijo que sería párroco. Este se puso a reír. Pocos días después rompió el compromiso, entró en el seminario y después de diez años fue nombrado párroco.

A don Inocencio Betti, que había ido a San Felice para pedirle consejo, porque quería hacerse Capuchino, dijo: *"Hablaemos de esto mañana, después de haberlo pensado y orado".* Mientras tanto, lo acompañó a la habitación más pequeña del convento y le dio las buenas noches. Por la mañana siguiente le preguntó cómo había pasado la noche.

- Mal, muy mal - fue la respuesta de don Betti -. ¿Cómo se puede dormir en una habitación tan estrecha?

- ¿Y cómo hacerlo donde los Capuchinos pasando toda la vida en celdas mucho más estrechas? - Dijo don Gaspar. *- El Señor lo quiere misionero.*

Don Inocencio entendió y se quedó con él y vivió como un santo.

A su amigo de infancia Felipe Berga, monje Basiliano en Grottaferrata, que quería irse de la abadía para volver a casa y así asistir a su madre de edad avanzada, no sólo predijo que su madre viviría por poco tiempo, sino también que permaneciendo en su vocación religiosa, ya que esa era la voluntad de Dios, todo estaría bien; por el contrario, habría sufrido mucho. El Berga quiso dejar su vocación, pero en familia se encontró tan incómodo, que de inmediato se apresuró a regresar al monasterio.

A una joven, que se estaba preparando para las bodas, dijo: *- Yo no creo que este sea el estado que Dios le ha asignado; usted se hará monja.*

No mucho tiempo después de haber sido dejada por su novio se fue al monasterio.

Así narra de si mismo don Domenico Silvestri, que era sub-díacono: *"Encontré al Canónigo y, sin haberle pedido nada, le oí decir: Usted será nuestro misionero. Le hice presente que yo era tartamudo y que haría reír al público más que convertirlo. Pero él*

añadió: Se preocupará San Francisco Javier de ello. Entré en el Instituto y nada cambió, hasta el día en que fui ordenado sacerdote. Desde el primer sermón, el defecto desapareció y predicaba como los demás, con gran fruto, gracias a Dios".

Gigia del Búfalo, la sobrina de Gaspar, así cuenta: *"Mientras vivía mi tío, pasó por aquí un misionero de su Congregación de nacionalidad maltés, que se llamaba don Francesco Zammite. Se preparaba para salir del Instituto, y mi tío le advirtió que si hubiera permanecido fiel a la vocación, todo resultaría bien; de lo contrario el Señor lo habría sujetado a una cruz pesada. Don Zammite regresó a Malta, donde cayó en una fijación de las más fuertes, tanto que nunca más pudo celebrar Misa. Mi tío ya había muerto, cuando con un pariente suyo vino en Roma, me contó todo lo que él le había predicho".*

Don Saverio Tommasini de Cori informa que Gaspar aconsejó a un joven amigo suyo de abrazar el sacerdocio, siendo esta la voluntad de Dios. El joven comenzó sus estudios en el seminario, pero pronto los interrumpió y se casó. A pesar de ser un gran terrateniente, se redujo a la miseria y sufrió muchísimo en el estado conyugal.

Don Marcellino Brandimarte así narra de sí mismo: *"Desde hace algún tiempo meditaba salir de la Congregación de la Preciosísima Sangre, cuando estaba en la Casa de Albano y trataba de guardar para mí el secreto. Pero me di cuenta de que el Siervo de Dios tenía hacia mí especiales premuras y me guiaba con paternidad singularmente afectuosa, como si leyera la profunda turbación que sacudía mi alma. Él era por otra parte, altamente discreto. Finalmente, convencido de que él lo sabía todo, me decidí a confesarle mi propósito: - ¡Padre, yo quiero marcharme!*

El Canónigo no se sorprendió en absoluto y me aconsejó que lo reflexionara y lo rezara por algún tiempo más. Un día, al atardecer, me invitó a dar un paseo con él hasta los Capuchinos, no muy lejos de nuestra Casa. Al llegar a la cruz erigida al pie de la escalinata, nos detuvimos y él atrajo mi atención hacia la encantadora puesta de sol sobre el tranquilo mar del puerto de Anzio: - ¡Cuántas maravillas ha creado el Señor para nosotros! - dijo. Entonces me invitó a besar la cruz con él y añadió: - Ve hijo, he rezado mucho para conocer la voluntad de Dios respecto de usted. El Señor quiere que siga como misionero.

Yo le contesté con franqueza que aquella vida en comunidad no me gustaba, aunque quería seguir siendo un sacerdote. Vi correr algunas lágrimas en su rostro; luego, después de un momento, me repitió tres veces: Usted dejará una cruz de oro, y cargará con pesadas cruces, que no podrá soportar.

Yo también lloré, me arrodillé a sus pies y le pedí que me bendijera y que orara por mí. Sin embargo, firme en mi propósito, dejé su Congregación. Pronto tuve que arrepentirme amargamente, porque me cayeron encima muchas de aquellas pesadísimas cruces que, aunque yo fuera inocente, terminé encarcelado en el Santo Oficio".

Queremos concluir este breve listado con otros dos episodios acontecidos ambos en la Casa de Frosinone. Uno nos lo cuenta monseñor Pellei, obispo de Acquapendente y por ese entonces auditor del arzobispo de Benevento.

"Estaba yo de viaje de Benevento a Roma, cuando por diversos retrasos, pasado de poco el mediodía, cansado y hambriento todavía permanecía cerca de Frosinone. Me acordé de que había allí los muy acogedores Padres de la Preciosa Sangre y pensé en pedirles un poco de caridad con una sopa, aunque, como exigen los buenos modales, habría tenido que avisar de mi llegada. Pero no había tenido tiempo. Don Gaspar en persona vino a abrirme la puerta y a brindarme una gran fiesta, como si me esperaba desde tiempo. Hizo que me sirvieran la comida y me asignó una habitación para descansar. Luego me enteré de que había dado la orden al cocinero de guardar el almuerzo para un padre que habría llegado tarde. El cocinero se había quedado asombrado, estando la comunidad al completo. De hecho, después de haberme servido el almuerzo, le oí decir al Superior: "¿Padre, que le daremos al Misionero?" Y Gaspar le contestó que quien debía llegar ya había llegado. Deduje que, no considerando yo mismo de esa parada, Gaspar la había previsto por medio de una Iluminación Superior".

Si no hubiera estado presente Gaspar en la mesa ese día, el hecho de que vamos a narrar, sin duda haría tenido consecuencias trágicas. Los misioneros estaban en el comedor, cuando de pronto se desató una furiosa tormenta. ¡Truenos, relámpagos y rayos sacudían la casa! Gaspar, de repente, hizo interrumpir la Lectura Sagrada y rogó al Valentini, quien estaba sentado a su lado, que anduviese a conseguirle cierto libro en la habitación contigua. Fue más rápido otro en levantarse, deseoso de hacerse útil al Santo, pero éste detuvo a todos y dijo con firmeza: "No, no, debe ir usted, don Biagio y rápido".

Don Biagio apenas se había alejado, que un rayo cayó justo en el lugar donde él estaba sentado, quemando la silla y el mantel. La muerte del Valentini, si todavía hubiera estado allí, sería cierta.

Los episodios narrados, y muchos otros similares que no hemos podido aquí contarles o que no narramos en otras páginas, nos encantan y nos hacen meditar. Ellos son tan obvios que no se puede verdaderamente hablar de subterfugio o fantásticas ilusiones, y hacen a cada uno nacer el deseo de tener cerca a Santo como él.

"El solo gusto, el solo deseo, el único anhelo de ganar almas para Dios lo movió, lo corroboró, lo confirmó en su carrera". Así dice el Merlini, que luego sigue: *"Las Misiones eran edificantes y acompañadas por celestes bendiciones; desde todas partes acudían pueblos, para satisfacer la ansiedad que tenían de ser escuchados por él en el confesionario".*

Sigamos citando al Merlini: *"En la Misión de Pontecorvo fue tal la concurrencia de los penitentes que el Siervo de Dios tuvo que dejar a tres compañeros, por ocho días más, para satisfacer el deseo de los que no pudieron confesarse durante los quince días de Misión... y esto ocurría en casi todas las misiones predicadas por el Siervo de Dios".* *"Tal era la participación a las confesiones, que se hacía necesario llamar a confesores de otros lugares. A él, que siempre fue el más buscado, el pueblo no le daba tregua o descanso ni de día ni de noche".*

Esta gran afluencia al Sacramento de la Penitencia para la reconciliación con Dios daba la verdadera medida de la eficacia de la predicación de Santo, y fue el principal objetivo y el fruto que él esperaba.

Por lo que *"era asiduo en las confesiones sacrificándose habitualmente más allá de la medianoche, usando modos corteses y una gran ternura hacia los pecadores".* Aunque pasara muchas horas escuchando a las mujeres *"prefería los hombres, porque olía decir que, acomodada la cabeza a un hombre, quedaba acomodada la familia".*

Llamado a Cerreto para confesar una gran dama, y viendo que había un buen grupo de campesinos esperándolo, los confesó por primero diciendo que *"el Señor no hacía favoritismos".*

"Se mostraba solícito en recibir a los penitentes, y tenía una manera tan eficaz para atraer a los pecadores y conmoverlos, que ningún hombre nunca se despedía de él sin

haberse verdaderamente convertido, y completamente contento". El Betti también añade: "Paciente, prudente, benigno era el método que utilizaba en el confesar y lo mismo inculcaba y exigía a sus compañeros".

Escuchemos de nuevo el Merlini: *"Acudían a él todo tipo de personas: clérigos, señores, empleados, artesanos, campesinos, soldados, doctos, ignorantes". "Al dar las penitencias era muy discreto, aunque pero exigiera perentoriamente la restitución de bienes robados y la reparación de los pecados de calumnia e injusticia. Por otro lado siempre estaba inclinado hacia la parte más benigna, afirmando que Jesús y los Santos nos habían dejado lecciones de bondad".*

Hemos tenido la oportunidad de relatar los no muy pocos episodios maravillosos que acontecían cerca de su confesionario; juntos a aquellos, aquí vamos a mencionar unos cuantos otros.

En Mergo una pobre lisiada, incapaz de caminar a solas, se había hecho llevar ante él en el confesionario. Empezó a gritar en voz alta: - *¡Santo Padre Gaspar, sáneme!*

Él la instó a acudir a San Francisco Javier, cuya imagen estaba expuesta en un altar de esa misma iglesia, y la despidió bendiciéndola. La mujer obedeció, pero mientras la llevaban hacia la imagen, se sintió ya libre de todo mal y continuó solita el camino, postrándose y agradeciéndole al Javier; después volvió corriendo hacia Gaspar para agradecerle, a quien atribuyó su sanación.

A confirmar que Gaspar tenía el don para predecir el futuro próximo y lejano, vamos a contar un hecho muy trágico, acontecido en el 1832 en Sermoneta, mientras estaba confesando a un buen grupo de hombres. De repente corrió la cortina y dijo: - *Tengan la bondad de dejar pasar primero a él ya que lo necesita urgentemente* - y señaló a un hombre que estaba tranquilamente esperando su turno.

Fueron todos amables y educados y se hicieron de un lado. El pobre hombre acababa de confesarse, cuando, preso por un malestar, murió en cuestión de minutos. Un escalofrío entró entre los presentes, que no hacían más que repetir: *¡Un santo ha venido entre nosotros!*

Cerramos con un hermoso episodio acontecido en el 1824 en Itri.

Al igual que en cualquier lugar, incluso en la misión de la patria de famoso bandido Michele Pezza, más conocido como *"Fray Diablo"*, fueron muchos los hombres

que se amontonaron para ser escuchados por él en confesión, y entre ellos un famoso "pecador lugareño". Éste, de rodillas ante el Santo, enumeraba uno tras otro sus pecados, pero al ver que él no respondía a su propia acusación, alzó su mirada y se quedó maravillado en verlo iluminado y raptado como en una visión lejana. No le parecía verdadero disfrutarlo tan de cerca... el insólito espectáculo.

¿Cuánto tiempo había pasado?

Ni el Santo ni el penitente se habían dado cuenta, pero se preocuparon los demás en despertarlos, ¡cansado de esperar!

El hombre molesto, se quejó ante ellos: - *¡Me han vuelto a llamar desde el paraíso aquí en la tierra, mientras que yo me habría quedado por toda la vida a mirar el rostro de este Santo, que veía a Dios!*